

FERNANDO KRAHN

En Chile, con insomnio

Caricaturista nacional de humor alucinante expone en Galería del Cerro doce años de trabajo fuera del país

POR ANA MARIA FOXLEY
 "Aquí estoy... como Rock Hudson... ¡pero sin SIDA!", saluda desde una hollywoodense cama matrimonial que de cabecera luce un espejo muro a muro patinado al fuego. Es que a veces Fernando Krahn (50) utiliza las bromas macabras contra sí mismo. Y ahora está algo incómodo. No por el SIDA, sino por un resfriado común y silvestre que se agarró en su primera semana en Chile después de doce años.

No lo hace muy feliz el tener que posar para la foto en pijama, pero salva la situación un chaquetón de marino muy navegado, en el cual se introduce sin mayores refunfuños. Tampoco ayuda mucho el ambiente de dormitorio en que se tiene que dar la entrevista. Los brillos y reflejos del espejo recuerdan más a un motel que a ese hogar que arrendaron él y su mujer, María de la Luz Uribe, junto a sus tres hijos adolescentes, para vivir un mes en su primera exploración a Chile.

Partieron una semana antes del golpe militar de 1973. Fue una simple casualidad que los llevó, después de un breve paso por Nueva York, a instalarse en Sitges. El pueblito, de catorce mil habitantes, cerca de Barcelona, comenzó a popularizarse en Chile desde que, además de él, se instalaron por un tiempo allí José Donoso, Juan Pablo Izquierdo y Nemesio Antúnez, sus amigos.

Mundos kafkianos

Vino a exponer, estimulado por Antúnez e invitado por Galería del Cerro. Instalados en un departamento del sector oriente, además de tener el placer infinito de mirar la cordillera imponente y luminosa, han debido adaptarse a las estufas, chalecos y guateros *chilensis*, recomendados por familiares y amigos. Y estos cunden.

El teléfono no deja de sonar. En una de esas, Alicia Vega amenaza con que ya tiene lista la masa para sus empanaditas de pera y otras *delicatessen* que ella junto a Eduardo Vilches preparan para sus íntimos. Victor Gubbins manda recado invitándolo al Colegio de Arquitectos. Rufino le rinde honores telefónicos, admirado ante este "gran caricaturista" que lo antecedió en el equipo de *Ercilla*, en la década del 70.



Fernando Krahn: visita con sorpresas

No es un humorista fácil, bueno para la chacota, chispeante en la anécdota. Es muy contradictorio. Como persona es tranquilo, sereno, racional y equilibrado. Como caricaturista vive en un mundo kafkiano y maneja un humor ácido y corrosivo donde, más que lo que ocurre en la imagen, lo que importa es la configuración dibujo-idea, el concepto gráfico-ideológico que hay detrás. De allí surgen sus "dramagramas", sus personajes zoomorfos, sus "cranologías" y sus "episodios dramáticos" que ahora muestra en Chile.

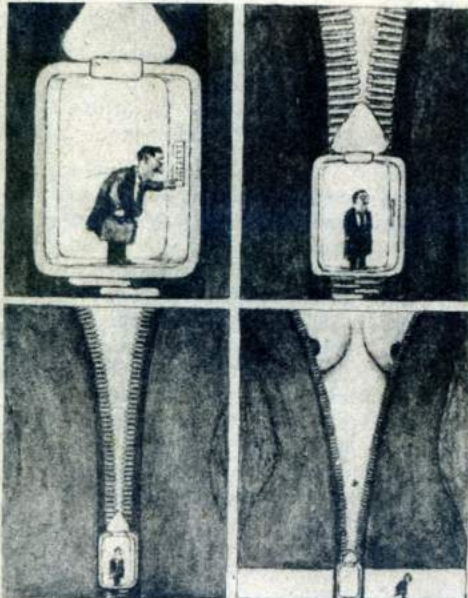
No tiene horario, porque trabaja todo el día en su mesa de dibujo. Le publican en Estados Unidos, Suiza y Alemania permanentemente. Desde 1984, es dibujante exclusivo del diario *La Vanguardia*, de Barcelona, así como colaboró antes para *El País* de Madrid.

Tiene decenas de premios y comentarios excelentes por sus libros ilustrados para niños. Muchas veces los hace junto a su mujer, escritora de unas catorce obras infantiles, ahora de gran demanda en Espa-

ña. "Es uno de los trabajos más gratos para mí", dice Krahn. "Por trabajar con ella, ya que nos comentamos y complementamos muy bien, y porque en España ahora hay un campo abierto para esto: con Franco, la literatura infantil era controlada y mala".

Todavía están un poco "choqueados" con Chile. Todas las vivencias que han tenido son dispares a las que imaginaban. "Allá vemos muchos programas especiales sobre Chile con la realidad descarnada de lugares donde uno habitualmente no va" comenta Krahn. "Creí que me emocionaría mi barrio de Pedro de Valdivia Norte, pero no me pasó nada. Si me ocurrió algo al ver las veredas con hoyos, las micros embarradas en un día lluvioso subiendo por la Alameda, la plaza Italia, una casa descascarada, un perro vago, vivencias que de repente se recuperan y reaparecen después de doce años".

Su estupor fue en aumento cuando, en Ahumada, escuchó los gritos de cientos de personajes populares ofreciendo de un *cuantuy* "¡pa' los regalones!". También



Cuatro miradas: miseria humana bajo la lupa gráfica

cuando dentro del supermercado encontré a "decenas de diligentes empleados corriendo por doquier con uniforme, mientras en la calle una multitud de niños rondaban a las señoras con el carrito".

Algo similar le ocurrió "al salir de un restaurante del barrio alto donde habían unos 50 tipos de mariscos distintos y afuera, doce o quince niños esperaban lidiando por una moneda o para venderte una rosa... Es muy fuerte de pronto sentir que ya no son los niños harapientos, los mendigos que uno conocía de antes... Ahora hay algo desproporcionadamente mendicante", dice. "En doce años cada uno reconstruye Chile a su manera, pero al llegar aquí no puede dormir tranquilo".

—Su trabajo lleva la realidad hasta el paroxismo y la locura. ¿Es que así la siente? ¿Cómo cree que cambiarán sus imágenes después de este viaje a Chile?

—Uno se nutre, inconscientemente, de muchas vivencias. No trato de 'inspirarme' entre comillas. Hay una recreación de la realidad, no un reflejo exacto de ella. Pero, claro, la realidad me repercute. Y

desde el momento de llegar a Chile he vivido situaciones casi surrealistas que me han hecho sentir cómo este país está desmembrado en su base esencial...

—Parece que sus imágenes surgieran de un personaje tortuoso, neurótico, intelectual en exceso... ¿O son una terapia contra eso?

—Son justamente una terapia. Porque ¿qué sería de mí si no tuviera esa forma de expresión? Quizá sería tortuoso, difícil, neurótico. Esta descarga al papel es tal, que me hace vivir sin represiones y mantenerme dentro de una cordura normal.

—Pero de todos modos son 'dramagramas'. ¿Tiene una visión del mundo muy dolorosa?

—Sí, pero hay gente que no tiene ninguna visión de nada, que no le importa lo que pasa a su alrededor. Es un poco lo que me pasó al llegar a Chile. Sentí que la gente vive en dos cajitas: en una todos se preocupan del último suceso grave que está ocurriendo y en la otra se vive en el limbo. Fuera de ellas está el resto del mundo. Y uno llega a la cajita de los amigos, que

se preocupan de todo.

"En Europa es diferente: la vivencia del mundo es muy fuerte; uno participa y vive lo que pasa a su alrededor y en la política mundial. Aquí se participa, pero dentro de una cajita".

—Su padre también dibujaba y escribía óperas bufas. ¿Cómo le influyó?

—Mi padre (Otto Krahn) era abogado, escribía y era caricaturista *amateur*. El significó mucho para mí, me estimuló. Me sentaba a su lado cuando niño, los domingos. El escribía y yo ilustraba cuentos que él me contaba: como *La Odisea*, por ejemplo. Desde pequeño le saqué partido humorístico a las imágenes; me salía cómico. El ganó un premio de *El Mercurio* en los años 20, como caricaturista. Pero en ese tiempo no se aceptaba que un padre abogado tuviera un hijo dibujante: él me hizo ver que solamente Picasso podía vivir del dibujo.

—¿Cómo logró optar y decidirse a romper con su carrera de Leyes y después de escenógrafo?

—Curiosamente ahí se une la tragedia con el porvenir promisorio: yo quería mucho a mi padre y a mi hermano mayor, que también estudiaba Leyes. A mi siempre me gustó la imagen sin palabras y mi libro de Derecho Romano estaba ilustrado hasta el último huequito. Pero tuvo que morir mi padre y poco después, en un accidente, mi hermano, y quedarme solo, para decidirme. Mi hermano en sus últimas palabras me dijo: 'Dedicáte a lo que realmente te guste'. Después me apoyaron mis amigos y artistas como Gregorio Fuentes, con quien estudié pintura y muralismo. Cuando trabajé de escenógrafo en el Ituch, hacía muchos dibujos que iba guardando.

—¿Cuándo dio el salto al vacío?

—Estaba en Río y una amiga me llevó a una revista muy elegante. El editor se entusiasmó mucho y quería todos mis dibujos. Pero cuando me dijo lo que pagaría yo encontré que era poco y me atreví a decirselo, a pesar de mi timidez de esa época. El, un poco sardónico, me dijo '¿por qué no se va al *Esquire* de Nueva York?'. 'Bueno', le contesté, 'me voy mañana'.

"Así volví a Chile e informé a mi mamá: 'Me voy a Nueva York'. Ella, que es una persona notable y siempre me apoyó en esto, vendió todo por ese viaje absurdo y se fue conmigo a Nueva York. Yo era mayorcito, era un hombre de 27 años... pero dependía de mi mamita... Era la única posibilidad de irme: ella me financió.

"Partí prácticamente del avión a la revista *Esquire* a decir: 'Estoy aquí'. Llegué justo el día que no recibían, pero la secretaria se compadeció y el editor artístico me pidió que esperara unos días. Me publicaron tres páginas, todo lo que había llevado. Me dejaron vacío".

Desde ese día su mano no detuvo nunca más su recorrido de líneas y trazos de bisturí. Con ellos explora los intersticios más oscuros y absurdos del ser humano, con sus pequeñas pasiones, su vanidad y su poder. •